

Símbolos de construcción y destrucción. La casa y el agua en el *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo* (1)

Los personajes de García Márquez suelen nacer, vivir y terminar su trayectoria en un único lugar (2). En algunas ocasiones ese lugar puede carecer de nombre pero siempre se define como un lugar arquetípico que no se significa sólo a sí mismo sino que se constituye como un lugar que simboliza todos los lugares de la una realidad o un ámbito cultural determinado.

Nuestro propósito en estas páginas es analizar los símbolos predominantes por medio de los cuales este relato de 1955 alcanza un valor propio que lo supera para convertirlo en el conjunto de páginas emblemáticas que tienen su continuidad en otras páginas magistrales que constituyen las novelas posteriores de Márquez (3). Dichos símbolos pertenecen al corpus simbólico que García Márquez ya no abandonará en el futuro, sino que van a erigirse como pilares de su edificio literario, poético y lingüístico.

Comenzaremos por referirnos al agua (4), la cual, bajo la apariencia formal

-
- (1) Este trabajo fue presentado al *Congreso Quinientos Años de Soledad*, celebrado en la Universidad de Zaragoza en 1992.
 - (2) El tema del viaje como salida del entorno natural es el tema que aglutina los diferentes relatos del libro *Doce cuentos peregrinos*, Mondadori, 1992. Las historias de este libro están protagonizadas por latinoamericanos en Europa. Los personajes y el narrador insisten en lo extraño que les resulta el nuevo entorno. Un personaje que ilustra perfectamente esta idea es Margarito Duarte, protagonista de "La santa", que viaja a Roma y el narrador nos relata así su aventura:
"Salía por primera vez de su escarpada aldea de Tolima, en los Andes colombianos, y se le notaba hasta en el modo de dormir."
 - (3) Este relato está relacionado con la novela titulada *La Hojarasca* (1955) en cuyo contexto cobra significación plena, puesto que los personajes están también en la novela.
El aguacero, en ocasiones convertido en mítico diluvio, como materia de la ficción está presente en numerosos textos del autor. En *Cien años de soledad*, por ejemplo, diluvia más de cuatro años, y en *El coronel no tiene quien le escriba*, la lluvia enmarca toda la acción.
 - (4) El agua, en los textos sagrados, acompaña siempre a las revelaciones divinas. En la *Biblia*, los pozos y las fuentes son lugares de alegría en los que se reúnen los caminantes, ya que, en ellas se llevan a cabo encuentros místicos. Todo el *Antiguo Testamento* celebra la magnificencia del agua y el *Nuevo Testamento* recoge esa tradición.

y la denominación lingüística de lluvia se impone como protagonista, al lado del personaje femenino que nos acerca a una historia subjetiva. Isabel y el agua aparecen unidas desde el título explicativo del relato: “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”. La lluvia es el elemento originario del cuento si interpretamos el título en su literalidad.

La lluvia como símbolo representa la manifestación de las influencias celestes recibidas por la tierra. Una tierra simbólicamente femenina fecundada por el agua de la lluvia y de cuya gravidez nacerá el agua terrestre de las fuentes que brotan del vientre de la tierra. En nuestro relato, la lectura simbólica no puede ser tan lineal. La lluvia que Isabel ve caer monótonamente sobre Macondo no fertiliza la tierra sino que la destruye, de la misma manera que rompe las coordenadas espaciales y temporales, y altera los contenidos de la realidad y los presupuestos de la memoria. La lluvia tiene la misma significación que las aguas o el agua, aunque conserva el recuerdo bíblico del *Génesis* del agua diluvial.

La denominación de “diluvio” está escrita en el texto y forma parte del monólogo de Isabel. En este punto es preciso recordar que el diluvio fue decretado por Dios con un fin explícito: castigar al hombre por su lascivia y su distanciamiento de las leyes divinas y como posibilidad para volver a comenzar su obra, dejando atrás todo lo que no se ajustaba a sus deseos. Encontramos esta idea en el libro del *Génesis*:

“Cuando comenzaban a multiplicarse los hombres sobre la tierra y tuvieron hijas, viendo que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron de entre ellas por mujeres las que bien quisieron. Y dijo Yavé: “No permenerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne...” (...)

“Viendo Yavé cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y que su corazón no tramaba sino aviesos designios todo el día, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, doliéndose grandemente en su corazón, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra; y con el hombre, a los ganados, reptiles y hasta las aves del cielo, pues me pesa haberlos hecho (5)”

La lluvia impertérrita e implacable que Isabel ve caer sobre Macondo parece un signo de ese arrepentimiento divino. Las significaciones simbólicas de la lluvia en nuestro relato deben, pues, leerse como un medio de purificación por la destrucción diluvial y también, por el final del relato, en el que la lluvia es vencida o se apiada al menos de Macondo, podemos afirmar que ese símbolo, además de la purificación contiene una posibilidad de regeneración del micro-

(5) *Génesis*, 6, 1-8.

cosmos arquetípico denominado Macondo por medio de los personajes que, como Noé, eran justos y han sobrevivido al diluvio purificador.

En este ejemplo desconocemos el porqué del castigo pero eso no es demasiado importante porque Macondo es un espacio arquetípico que puede representar a la Humanidad, cuyos pecados están reconocidos y tipificados desde los textos bíblicos y por lo tanto, no es necesario explicitarlos (6).

Las grandes aguas anuncian en la *Biblia* las grandes pruebas y su desencañamiento es el signo de las grandes calamidades, así lo encontramos en el libro de la *Sabiduría* (7):

“Y afilará su fuerte cólera cual espada, y todo el universo luchará con Él contra los insensatos.

Los dardos de los rayos partirán bien dirigidos, y volará de las nubes al blanco como de arco.

Y la ira, como lanzada como una catapulta, arrojará violentas granizadas; y el agua del mar se enfurecerá contra ellos, y los ríos del todo los anegarán.

Un soplo poderoso los embestirá y los aventará como torbellino. La Iniquidad desolará toda la tierra y la maldad derribará los tronos de los poderosos.”

El agua puede representar en el texto literario, como en el texto sagrado, un indicio de la ira del dios. El agua posee un inmenso poder maligno si es producto de la ira y no del paternalismo del dios. En nuestro relato, el agua de la lluvia, que es pura, se convierte en impura al entrar en contacto con la tierra y sus debilidades. En ese proceso convierte a la tierra en barro infértil y viscoso y proporciona a los objetos una sensación de humedad tumefacta.

Hemos reconocido el agua amarga de la ira, el agua de la maldición, ahora registramos el agua del momento posterior al castigo, el agua de la purificación o del perdón que encontramos en el libro de *Ezequiel*, en el apartado en el que Dios perdona a Israel:

“Y os aspergeré con aguas puras y os purificaré de todas vuestras impurezas, de todas vuestras idolatrías. Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo (8)”.

Según Gastón Bachelard (9) el agua es el símbolo de las energías incons-

(6) En *Cien años de soledad* también encontramos el castigo del diluvio por un comportamiento genérico contrario a las leyes divinas. Al diluvio en el capítulo dieciséis se une el apocalipsis final del viento destructor.

(7) *Sabiduría*, 5, 20-23.

(8) *Ezequiel*, 36, 25.

cientes, de las fuerzas del alma, de las motivaciones secretas y desconocidas. El agua llega a menudo al mundo de los sueños y significa en ellos la parte inconsciente del espíritu, las motivaciones secretas y desconocidas del ser humano.

A Isabel la lluvia la convierte en un ser desconocido, informado por el sueño y la memoria y que recibe revelaciones e intuiciones misteriosas cuya procedencia desconoce.

El texto del relato de García Márquez nos invita a encontrar en él indicios para corroborar una propuesta simbólica. Es el mes de mayo, los vecinos de Macondo salen de misa y se ven sorprendidos por un invierno extemporáneo que se les precipitó sobre sus cabezas. La vida en el lugar y la apariencia del mismo pueblo se ve alterada por la presencia de una lluvia persistente, que en los primeros momentos, alivia la sofocante sequía del ambiente porque la “noche del sábado había sido sofocante”. La lluvia en sus primeras horas es entendida como símbolo único de bendición divina: “Durante el resto del día, mi madrastra y yo estuvimos sentadas junto al pasamano, alegres de que la lluvia revitalizara el romero y el nardo sedientos en las macetas después de siete meses de verano intenso, de polvo abrasante.”

Como podemos comprobar, la lluvia es entendida como el elemento fertilizador enviado por el dios sobre la tierra con el fin de aliviar a los hombres. Pero el cuerpo de Isabel había experimentado sensaciones extrañas desde el primer momento, a la salida de misa, y así confiesa que cuando alguien advirtió de que llovería enseguida, ella ya lo había sentido (10):

“Y yo lo sabía desde antes. Desde cuando salimos al atrio y me sentí estremecida por la viscosa sensación en el vientre.” Su percepción del cielo tiene el mismo carácter desapacible: Y el cielo fue una sustancia gelatinosa y gris que aleteó a una cuarta de nuestras cabezas”. La imagen del cielo amenazante se representa por un ave portadora de malos augurios. En este momento se está describiendo el desencadenamiento de la tormenta, cuya violencia nos avisa ya de la posibilidad de alguna destrucción o tragedia.

La lluvia se convierte en una presencia insistente y monocorde “toda la tarde en un solo tono”. Su sonido invita al viaje a través del inconsciente y la

(9) BACHELARD, Gaston, *L'eau et les rêves, essai sur l'imagination de la matière*, Paris 1942.

(10) Isabel es distinta a los habitantes sin rostro del pueblo; ella siente la tormenta porque “se había sentido estremecida por la viscosa sensación en el vientre”. Al tercer día, la sensación será la de haberse convertido en “una pradera desolada, sembrada de algas y líquenes, de hongos viscosos y blandos, fecundada por la repugnante flora de la humedad y las tinieblas.” Isabel manifiesta así una aptitud para interpretar en su cuerpo las manifestaciones de la naturaleza, lo cual le proporciona un matiz de irrealidad al que Mario Vargas Llosa denominó el elemento añadido o indicio. Vid. Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, *Historia de un deicidio*, Barral editores, Barcelona, 1971.

memoria, fuera del tiempo lineal y hacia un tiempo singular:

“Se oía caer el agua como cuando se viaja toda la tarde en un tren”.

“En la madrugada del lunes (...) nuestros sentidos habían sido colmados por la lluvia.

“La lluvia estaba penetrando demasiado hondo en nuestros sentidos”

La percepción del mundo por medio de los sentidos se irá desvaneciendo paulatinamente. Después de la superación de los sentidos, la realidad exterior y los sentimientos se percibirán desde un estado de ensoñación, de percepción no objetiva del tiempo y el espacio. En este momento se nos transmite otra imagen de la realidad ya descrita, por ejemplo, el jardín es visto de nuevo y de diferente forma: “Mi madrastra y yo volvimos a contemplar el jardín, la tierra áspera y parda de mayo se había convertido durante la noche en una sustancia oscura y pastosa parecida al jabón ordinario”. Lo mismo sucede con la sonrisa del padre, se desdibuja y con su apetito que desaparece: “Y mi padre sonrió. Y almorzó con buen apatito y hasta tuvo una entretenida digestión junto al pasamano”

“Y estuvo allí, sentado contra el pasamano, con los pies en una silla y la cabeza vuelta hacia el jardín vacío. Sólo al atardecer, después que se negó a almorzar...”

También se perdió la sonrisa de la madrastra. Isabel explica el cambio que se acaba de producir: “Y yo advertí que había dejado de sonreír y que su regocijo del día anterior se había transformado en una seriedad laxa y tediosa.”

En la madrugada del lunes, después de unas largas horas de lluvia ininterrumpida, las actitudes de los habitantes de Macondo se transforman. A partir de este momento, la lluvia deja de ser un alivio para convertirse en una amenaza comprendida ya por todos. Las macetas del patio, con su romero y su nardo han sido ya colmadas por la lluvia y la madrastra intenta buscarles un refugio de la lluvia, antigua benefactora de las plantas.

El cuerpo de Isabel, alertado por su estado de gravidez, había sentido el peligro desde antes de que se materializase. El cuerpo de su madrastra y el de su padre sufren ahora una transformación funcional, pasa ella de la alegría a la laxitud y él del apetito saludable al dolor de espinazo y a no tomar alimentos.

En este estado de cosas, la memoria y el inconsciente de Isabel se desencadenan y mezclan sus percepciones con la realidad actual. Su monólogo mezclará situaciones del verano pasado con las visiones del paisaje actual:

“Y yo me acordé de los meses de calor. Me acordé de agosto, de esas sies-

tas largas y pasmadas en que nos echábamos a morir bajo el peso de la hora...”

“*Vi las paredes lavadas*, las juntas de la madera ensanchadas por el agua. Vi el jardincillo vacío por primera vez, y el jazminero contra el muro, fiel recuerdo de mi madre.”

El tercer grado en la percepción de la lluvia comienza al término de la jornada del lunes:

“Pero entonces parecía como si estuviera lloviendo de otro modo, porque algo distinto y amargo ocurría en mi corazón”. El corazón de Isabel será unas horas más tarde, el martes al atardecer, un corazón amortajado por la lluvia:

“...el agua apretaba y dolía como una mortaja en el corazón”. Al atardecer del martes, la lluvia se manifiesta explícitamente agresiva, mortal. A su lado, el viento fresco o vientecillo se había convertido en escalofrío. En el relato, la lluvia destruye en su acción de ser, sin violencia, el contexto paisajístico y más tarde violará el espacio matricial de la casa y de ese modo, agredirá al propio yo de los individuos, disolviendo su consciencia.

El siguiente paso es la aceptación obligada de la situación dramática. En el corredor, ya no “contemplan la lluvia” como se contempla un espectáculo bello o extraordinario, tampoco la oyen —“ya no la sentíamos caer”— porque sus sentidos habían sido superados o “colmados”. Aún más, tampoco la ven caer, sólo ven el contorno de los árboles dibujado por la lluvia:

“Nos sentamos en el corredor, pero ya no contemplábamos la lluvia como el primer día. Ya no la sentíamos caer. Ya no veíamos sino el contorno de los árboles en la niebla...”

Ese día, el martes al atardecer, apareció una vaca en el patio (11). La vaca ejecutará el ceremonial de su muerte en ese espacio y se derrumbará bajo la lluvia para ser enterrada en el fango finalmente. Ese animal simboliza la fertilidad y la riqueza y su muerte es muy significativa y aumenta la tensión y los signos de la maldición o castigo divino.

El martes también, la percepción del tiempo se pierde totalmente, y con ella el orden en las comidas:

“Ese día perdimos el orden de las comidas. Mi madrastra sirvió a la hora de la siesta un plato de sopa simple y un pedazo de pan blanco. Pero en realidad

(11) En *Cien años de soledad*, el narrador nos informa que Aureliano Segundo, durante el diluvio se encuentra a Petra Cotes tratando de “desencallar el cadáver de un caballo”. El motivo literario de los animales muertos e incluso cadáveres humanos que flotan en las aguas es recurrente en la narrativa de Gabriel García Márquez.

no comíamos desde el atardecer del lunes y desde entonces dejamos de pensar.”

La lluvia ha anulado su voluntad y los personajes se muestran “narcotizados” y “paralizados por la lluvia”.

Los ciclo del día y la noche ya no son sucesivos, así a mediodía del miércoles no había acabado de amanecer y antes de las tres de la tarde ya era de noche. La ausencia de miércoles, tiene una justificación, ésta es la profanación del centro matriz de la casa. Desde ese instante las coordenadas formales y espacio-temporales son eliminadas.

La situación se agrava aún más cuando en la noche antes del miércoles el agua se decide a traspasar el umbral de la casa y violar así el espacio sagrado, lo que supone un grado mayor de destrucción. El agua se ha apoderado de la sala: “Algo había sucedido durante la noche. La casa estaba en desorden; los guajiros sin camisa y descalzos, con los pantalones enrollados hasta las rodillas, transportaban los muebles en el comedor. En la expresión de los hombres, en la misma diligencia con que trabajaban se advertía la crueldad de la frustrada rebeldía, de la forzosa y humillante inferioridad bajo la lluvia.”

Sólo después de esta situación se introduce en el relato la palabra “diluvio”, significativamente después de que el espacio de la casa haya sido devorado por las aguas, para aludir al momento más desesperado de la historia, al definitivo grado de la desesperación:

“Aterrorizada, poseída por el espanto y el diluvio, me senté en el mecedor con las piernas encogidas y los ojos fijos en la oscuridad húmeda y llena de turbios presentimientos.”

El mecedor es el último reducto para el refugio, es un espacio confortable y aparentemente seguro, como el seno materno. En el mecedor, Isabel adopta la posición fetal a la vez que percibe una extraña sensación de no pertenecer al mundo real, de haberse convertido en un fantasma. Su madrastra trae la noticia de la profanación del cementerio (12).

Isabel ingresa en un estado de beatitud parecido a la muerte que le impide

(12) En ese momento de la narración se había introducido el efecto de claroscuro como matizador de la percepción de la realidad que ayuda a introducir un efecto fantástico que metamorfosea la apariencia de lo real: “Mi madrastra apareció en el vano de la puerta, con la lámpara en alto y la cabeza erguida. Parecía un fantasma familiar ante el cual yo no sentía sobresalto alguno porque yo misma participaba de su condición sobrenatural.”

El motivo del cementerio anegado se repite en la ficción más reciente de García Márquez, así lo encontramos en *Doce cuentos peregrinos*, en el relato titulado *María dos Praceres*.

diferenciar los tiempos fragmentarios del tiempo eterno (13), por ello, no percibirá la existencia del jueves:

“Entonces no hubo jueves. Lo que debía serlo fue una cosa física y gelatinosa que habría podido apartarse con las manos para asomarse al viernes...”

El tiempo eterno en el que está inscrita ahora la vida de Isabel se convertirá en tiempo físico nuevamente cuando despierta de su sueño y oye el pito prolongado y triste del tren (14) fugándose de la tramontana. Su madrastra le informa de que aún no ha pasado el jueves.

El alma de Isabel, o su otro yo, es abandonado al caer a la alberca y ella se reincorporará a la vida:

“Sólo entonces me di cuenta de que había escampado y de que entorno a nosotros se extendía un silencio, una tranquilidad, una beatitud misteriosa y profunda, un estado perfecto que debía ser muy parecido a la muerte. Después se oyeron pisadas en el corredor. Se oyó una voz clara y completamente viva. Luego un vientecito fresco sacudió la hoja de la puerta, hizo crujir la cerradura, y un cuerpo sólido y momentáneo, con una fruta madura, cayó profundamente en la alberca del patio.”

El despertar de Isabel aparece relacionado con el sonido del tren, como el salir de sí. El tren, en el contexto de la ensoñación o de la irrealidad, como en este caso, posee un sentido simbólico y evoca el destino que nos arrastra hacia una nueva vida o estadio que nosotros difícilmente elegimos pero para el que somos elegidos desde instancias superiores.

El segundo de los símbolos cruciales en el relato de García Márquez es la casa (15). La casa aparece introducida en el relato como consecuencia del diluvio y su primer valor es el de refugio. La casa, al igual que la ciudad, el templo, el pueblo o el cuarto significa el lugar que se convierte en el centro del mundo en un momento determinado o para un personaje concreto.

En el “monólogo de Isabel”, encontramos amplias referencias a estos espa-

(13) Lo que le sucede a Isabel es muy parecido a lo que le pasa al personaje de Úrsula en el capítulo XVI de *Cien años de soledad*. Este personaje pierde la conciencia del tiempo cronológico:

“En efecto, algo debió ocurrir en su cerebro en el tercer año de la lluvia, porque poco a poco fue perdiendo el sentido de la realidad, y confundía el tiempo actual con épocas remotas de su vida, hasta el punto de que en una ocasión pasó tres días llorando sin consuelo por la muerte de Petronila Iguarán, su bisabuela, enterada desde hacía más de un siglo.”

(14) El tren también tiene un lugar en el diluvio de *Cien años de soledad*. Al igual que en este primer diluvio, el tren fue uno de los primeros objetos que experimentó el poder destructor de la lluvia que provoca su descarrilamiento: “Se supo que los trenes descarrilaban en el tormenta” (C.A.S.) “El tren no puede pasar el puente desde el lunes. Parece que el río se lleó los rieles” (Monólogo)

(15) *La casa* era el título de la primera novela sin terminar de GGM.

cios-centro (16), así lo encontramos en el pueblo, aislado de todo indicio de comunicación con el exterior: Macondo es una casa natural para sus habitantes, es mucho más que un espacio de localización geográfica. Otra casa o centro es la iglesia de la que sale todo el pueblo el fatídico domingo del inicio del diluvio. Después, la casa de Isabel, como símbolo de todas las casas del pueblo se convierte en el lugar mítico o sagrado desde el que se nos cuenta la historia vivida y evocada. Dentro de la casa contamos con el espacio privado del cuarto de Isabel a donde se retira vencida por el sueño. Pero, además, en la casa también se identifica la sala, el patio y el balcón en donde Isabel y su padre reposan en una mecedora adoptando una postura fetal (17). La casa es el útero, es el espacio protegido, seguro, no profanable. Pero, finalmente, también será profanado. Como el agua, también según Bachelard, la casa significa el ser interior, sus estancias, simbolizan diferentes estados del alma. También la casa es símbolo de refugio, de seno materno. En este sentido hay que señalar la circunstancia de que Isabel reencuentra a su madre en la memoria por medio del espacio de la casa y su jardín, además de la mecedora (18).

La casa, refugio y centro simbólico es un espacio que no puede mantenerse inviolable ante la persistencia de la lluvia (19).

Podemos establecer una lectura de la historia de Isabel desde el punto de vista interpretativo de Bachelard. Según este autor, el exterior de la casa simboliza la apariencia o la máscara del hombre los pisos inferiores marcan el nivel del inconsciente o de los instintos, la cocina es el lugar de las transformaciones psíquicas, marca el espacio de la evolución interior. De la misma manera, los movimientos en la casa pueden ser ascendentes o descendentes y expresan una fase estacionaria del desarrollo psíquico, ya sea evolutivo o regresivo, esto es espiritualizante o materializante.

La casa y la lluvia se hallan relacionadas por un elemento intermedio, el viento, desencadenante de la lluvia, introducido antes de la casa en la narración:

“ Después de misa, antes de que las mujeres tuviéramos tiempo de encon-

(16) La casa despierta la memoria de Isabel haciéndola penetrar en un tiempo personal, un tiempo que no es el cronológico. La casa se convertirá en un instrumento para la revelación.

(17) El primer elemento de la casa que conocemos es el pasamanó al que se suma el corredor al que complementa y el patio al que mira dicho corredor. Después, se nos acerca al interior de la casa, a sus lugares íntimos, la sala y el dormitorio, que se encuentran en niveles distintos.

(18) La mecedora es un objeto recurrente en la ficción de GGM. Como ejemplo, en *Cien años de soledad*, toda una galería de personajes aparecen unidos a este objeto simbólico. La mecedora aparece unida a los nombres de Úrsula, Rebeca, Amaranta, Pilar Ternera; Gerineldo Márquez, Amaranta Úrsula, M^a Miniacá Alacoque Buendía.

(19) El espacio-refugio es finalmente violado en este relato como también lo son otros espacios garciamarquianos como el cuarto de Melquíades, el dormitorio del patriarca o la casa de Santiago Nasar.

trar el broche de las sombrillas, sopló un viento espeso y oscuro que barrió en una amplia vuelta redonda el polvo y la dura yesca de mayo.”

El viento, en la mayoría de las tradiciones cosmogónicas simboliza al elemento mediador entre el cielo y la tierra. Los mensajes divinos pueden ser coléricos o pueden ser armónicos, en nuestro caso, son el testimonio de una venganza divina o la manifestación de la cólera del dios. El viento el mensajero de la destrucción total de Macondo en el capítulo final de *Cien años de soledad* en donde se nos dice que Melquíades “Ya había comprendido que no saldría más de es cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres...”

Esta cita es una referencia más que sitúa este diluvio de Macondo como anuncio o ensayo del gran y definitivo diluvio.

No queremos terminar sin hacer una nueva referencia a la similitud evidente que existe entre este pequeño diluvio y el gran diluvio de Macondo. El espacio geográfico es el mismo, podemos comprobar como el mismo pueblo que se salva de la destrucción total en este relato, va a ser pasto de las aguas de a manera más cruenta en *Cien años de soledad*. En aquella obra también se produce una situación de desmantelamiento del pueblo con evidentes signos de catástrofe provocada por un diluvio que dura “cuatro años, once meses y dos días”. Tanto en la novela como en el cuento se describe el mismo fenómeno y el mismo sentimiento de rebeldía impotente de los habitantes del pueblo que no pueden sino aceptar resignadamente su destino “rendidos e impotentes ante el disturbio de la naturaleza”, con “los ojos tristes, perdidos en el laberinto de la lluvia” y “paralizados en una actitud pacífica y resignada”, al igual que los personajes de Macondo que, en la novela, “se habían vuelto tristes y mansos de tanto mirar a la lluvia” y se sentaban “en la sala con la mirada absorta. Aunque el fenómeno y sus consecuencias es el mismo, el tiempo cambia, puesto que, todo ocurre, para unos, durante un breve pero tenso espacio de tiempo que comienza el domingo por la tarde y ya ha pasado el jueves y, para otros, durante un largo espacio de tiempo que dura casi cinco años.